

La Cuestión Central

daniel bernardo grimberg



Capítulo 1

La Cuestión Central (por Daniel Bernardo Grimberg)

Dentro del circuito de bocinas atronadoras, durante su enfrentamiento con vitales fantasmas, Ceferino Calcagno, adquirió después de alguna efervescencia inicial, un atado de malos humores. Todos venían para revisar lo que había en su casa con una ligereza alucinante. Alguien le quería poner algo en su sopa que modificaría su organismo... era pesimista con respecto a que depondrían sus intenciones o se destinaran al fracaso...

A despecho de sus glorias pasadas se recluyó en sí mismo, intentó rearmar sus pensamientos y cerró los ojos. Se trataba del desconcierto que produce la verosimilitud del mal. Pensó en hacer largos viajes, pero sintió pereza y prefirió tumbarse en una silla de la cocina. Narrará eventos y circunstancias, develando ese espeluznante juego. A partir de asuntos que sobrevivían a su desmemoria y eran deplorables, Ceferino no redundó en una explicación de su ancianidad, pero estaba disuadido que algo pesaroso estaba por ocurrir. Y no tendrá ninguna insincera simpatía hacia los malditos que querían apoderarse de lo suyo. El hecho que no pudiera reencontrarse con sus cosas, hacía a los que estaban a su alrededor, sospechosos de haber hecho estratagemas innombrables.

Esa cuestión no era algo remoto como las dispersas estrellas del universo, sino que estaba incluido en cada sílaba de sus palabras, en cada exhalación de su aliento, en cada rincón en que se trasladara. ¡Debían atraparlos antes que huyeran, e hicieran irrecuperable al pasado! Ellos falsificaban los acontecimientos, creándole desaguisados y escándalos. Actuaban en espacios tan concretos que los podía enumerar, pero no lo haría dentro de una sucesión regular, sino en lapsos creados por la desesperación. En intervalos temperamentales que denunciaran su situación estratégica desvalida. Como abrían las compuertas de las inundaciones, suponían que podían cerrarlas a su antojo; se encontraban en el origen de la destrucción; querrían mandar sobre su hogar.

Adujo no poder creer que los años con sus días se agigantaron así con tantas maldades (ahora estaba inmovilizado, notando que todo quedó fijo y sin desarrollo) ¿Acaso no les había enseñado a distinguir lo que era correcto con lo que no debía hacerse? ¿No conocieron a la que primero fue su madre, y después abuela de ellos? ¿Y él no los quitó de las penurias económicas? Sentía cómo si una espada se cerniera sobre su cuerpo, y que un embravecido mar lo sacudía a pesar que al tocarse comprobaba que su piel no se había contraído por la humedad. Y la concepción utópica de una familia, constituía la segura parte de su drama. Sentía al acoso como evidencia que querían ponerlo en un cajón lo más rápido posible. Su muerte era lo único sagrado para esos fulleros. Eran animales que querían morder, fuegos que intentaban incendiarlo, y puñales dispuestos para cortarle el cuello.

Con su extraordinario intelecto, Ceferino se ubicaba en el balcón, para contemplar a los que eran ciertos y avanzaban por las calles. Estaba rodeado de traidores que querían expurgarlo; los que se infiltraron en ese punto de la ciudad, sin una específica arquitectura, para cultivar la peor perfidia en su contra.

Ceferino murmuraba por los engaños que le despacharon sus parientes, cómo el joven Mario, Pamela y el arquetipo de los impresentables: Juan Gabriel (a quién juzgó detestablemente cómo si lo hubiera puesto bajo el microscopio). Seres defectuosos del fin de los tiempos, que lo querían ver en ruinas; los vástagos remanentes de su mujer que se exilió al otro mundo, y usaba un sombrero que parecía una chimenea, para ocultar su cabellera color fuego. Ellos lo confrontaban con sonrisas de lobos, anhelando despiadadamente que muriera. Pero su temperamento era vivir, es más: sus disputas emocionales lo motivaban a hacerlo. Detrás de sus gestos de Mario, Pamela y Juan Gabriel, había una inmensa serie de avaricias: apenas obtendrían sus esperados lucros recién cuando lo vieran tirado en el piso. Y permanentemente lo molestaban para decirle que no lo reconocían, que era otro, como si supieran cuáles eran las dimensiones y probabilidades de su vida, o estas formaran parte secundaria de sus observaciones indiscretas. Argumentaban eso sin importarles que él aún estaba ahí, y de un momento a otro declararía lo que le estaban haciendo a la policía. Habían creído que lo que le hacían era místicamente amable, pero él podía leer y bosquejar en su mente lo que traían.

Asumiendo la existencia de intrigas en esos malvados (que caerán al final), Ceferino concluyó que Mario era el principal que estaba detrás de la ominosa preparación de su debacle, pretendiendo qué cayera con su forma huesuda a una fantasmal condición para así apropiarse de sus riquezas. Ese joven decadente, estaba arruinado; su biografía era un desastre. Era obvio que quería meter mano en sus ahorros para así no tener que salir a buscar empleo. ¡El maldito una vez le había hecho quedar mal, por una carta de recomendación que le había dado! Se había

puesto en consonancia con Juan Gabriel para llevar a cabo una sucia meta: querían ganar una aceptable posición económica a costa suya. Esa exasperación lo llevó a farfullar seriamente, señalando con su mano en punta a lo que veía en los recovecos. Sus malas acciones habían tirado abajo cualquier inocente credibilidad que le hubiera concedido en otra época. Hielo era lo que circulaba por sus venas, y no rendirían sus ambiciones ni siquiera ante el cansancio que los obligaba a dormir. Ceferino Calcagno sabía que llegaría alguien desde una dimensión trascendente, que echará a esos intrusos de su casa.

II

Ceferino sentía que incesantemente estaban complotando, y que con sus propósitos materialistas actuaban sin vacilaciones. Había enumerado todo lo que tenía en una serie de libros de contabilidad. ¿Dónde estaban los millones que nunca escaparon de su previsión? ¿Quién los tenía? La confrontación entre lo anotado y aquello disponible llevaba a una obligada paradoja, que se explicaba sólo de una espléndida forma: se lo habían robado. Había quedado vacío el salón, y era un milagro que subsistiera la puerta de entrada. Seguramente fue en la noche que "alguien" abrió su baúl, y se llevó el efectivo y las tabletas de oro que guardaba y respondían a descripciones formales talladas en México.

Todos hacían objeciones monumentales a sus órdenes, le decían cosas llenas de desdén e intranquilidad, con una estética desvergonzada. No se mostraban como alegres derrochadores, sino que representaban el papel de administradores, pero eran durísimos y querían obliterarlo. Lo que le pasaba ya había sido sucedido en otros siglos, en los que otros sujetos, creyeron que, al poseer el oro obtendrían un destino brillante.

Disimulaban lo que le habían hecho; eso más que asombrarlo lo dejaba pasmado (Pamela se había igualado a Mario y Juan Gabriel en esa horrorosa deslealtad, más allá que le hablaba en forma amena y con sollozos). Era una provocación el hecho que no pudieran explicar qué lo que había existido, ya no estaba. Y en cenas pregonaban sus lamentos, pero por detrás se alegraban. Añadían explicaciones inútiles, mientras que se podía ver que en el fondo del salón no quedaba nada. Esos desgraciados querían hacer viajes al Mar Egeo y tomar sol frente a las ruinas de Troya... todo a sus expensas.

Al prefigurar premonitoriamente lo que harían, enrojecido clamaba: "¡Callen cuervos!" (su justa indignación era la misma que sentía todo hombre acosado, sea cual fuera su procedencia). Entonces anunciaba al Apocalipsis, remitiéndose a torres y cúpulas de Filadelfia.

Estaban decididos a destruir lo honroso de sus días, la cabalidad de sus actos, y sus verdades que siempre estuvieron adelantadas al tiempo. Pero pronto llegará el enviado de Dios que clausurará las obras de los malos.

Con gusto aceptaría hipótesis severas o ser criticado audazmente por éste, para demostrarle que no estaba equivocado.

Sin embargo, esa posibilidad sería una alucinación, ya que jamás se podrá suponer que un ángel se embriagara.

Ceferino no podía dormir tranquilo porque no sabía en qué momento sería atacado con una navaja, y era incapaz de reunir la plasticidad y paciencia que tenía anteriormente. Si lo capturaban en el laberinto de los sueños, no podría realizar alguna acción ni gritar fuerte lo que quedara de sus triunfos y glorias. Grandes terrores se acrecentaban a partir de concebir esa perspectiva. Eso sería una tremenda trampa que impedirá el fluir constante de su conciencia en el mundo. Todos los días se reeditaban amenazas semejantes o aún peores. No había visibles laterales por donde escapar, pero tenía que actuar antes del choque. Si llegara a enfermarse misteriosamente, la gente buena debía saber que nadie de su círculo gozaba de buena reputación; era desgarrador el paisaje de mandras que había en su casa.

De más está decir que por su hija Pamela sentía un gran aborrecimiento, y le dirigía riadas de ira, negándole correspondencia con su sangre y cualquier posibilidad de herencia. Tenía una fuerte curiosidad por saber con qué mentira lo quería envolver, porque lo que acostumbraba a hacer, le causaba una sofisticada repulsión que escapaba a cualquier sentido. Presentía la maldad de esa joven mujer con pasividad y cierto desánimo. Ella se había llevado objetos de oro de la casa, en un episodio anterior al robo más reciente; sin duda había resuelto sus problemas económicos aprovechándose de una distracción doméstica.

Pamela (que no cesaba de hablar) se la pasaba dividiendo mentalmente los bienes de su padre, y exigiendo que su parte tuviera mucho grosor. La muerte de éste fundaría su goce, pero su sobrevida ampliaba la negación de lo que siempre había querido hacer. ¡Y afuera, en las prudentes calles, las multitudes bulliciosas no sabían lo que pasaba!

Ceferino Calcagno insinuó que su acelerado envejecimiento fue creado por esa proliferación anochecida de parientes que querían escindirlo de sus propiedades, y arrastrarlo hasta los trastornados verdugos de la mortandad para alzarse con todo, estableciendo a posteriori una historia increíble. Pero él sostendrá un encuentro desesperado con una de las personas que transitan a diario la ciudad, que insólitamente se tratará de un ángel, que evitará que repitieran esa conducta una y otra vez, hasta que desistieran de construirle un féretro. Tenía la intempestiva confianza que aparecería ese Ser devastador, que saldrá de una especie de paraíso y le dará un refugio seguro. ¡Ocurrirá antes que sus deudos contarán que fue algo del destino, que aquello era lo común que le pasaba al hombre cuando sus cabellos se tornaban blancos!... ¡Tenían muy en claro que en los viejos la tenacidad de la muerte no requiere de mayores

explicaciones!: para ellos tal frecuencia era normal y hasta sano. Pero esa Persona rechazará esa insoportable hipótesis, y no pecará de inocente. Percibirá que aquello era sólo la exaltación de sus disparatadas imaginaciones, y muchas añoranzas.

La ostensible determinación a encontrarse con ese "ángel" le fluía uniformemente, aun cuando se retiraba pensante a su habitación, o se entregaba a sueños que le advertían cómo serán sus últimos ataques. Entonces veía la presencia maligna de los que querían hacerlo desaparecer o por lo menos acallarlo atemporalmente. Y consideraba cómo burlas poderosas a las palabras con las que lo interceptaban... no eran más que los engaños que se hicieron rutina, mientras desplazaban sus labios hasta formar sonrisas horrendas. Sin dudas que le hablará al visitante de sus locuras, dentro de un mismo contexto geográfico y cronológico. ¡Esos barones de la rapiña estaban esperando que el viejo se viniera abajo, y se rompiera el cráneo con la loza de la bañera! No era necesario efectuar un gran coloquio para saber lo que pasaba. ¡No había que dar lugar al escepticismo o la inocencia: sus hijos lo querían desplumar! A la Persona precedente de otros planos, bastará con hacerle esa referencia.

Ceferino Calcagno abrió la ventana para ver cómo se irritaba la ciudad con el constante tráfico de sus calles, y vituperar con gritos a sus enemigos, para que los hombres buenos tuvieran noticias de la calidad moral de aquellos en los que alguna vez había confiado. También los conminó a que escogieran ser de su bando, que lo prefirieran infinitamente antes que a sus hijos. Y no haría ninguna excepción porque eran su descendencia, por el contrario, dejó bien en claro que los desheredaría. Ahora estaba por llegar el Salvador que lo ayudará a solucionar esos problemas legales. ¡El pueblo debía entender quiénes eran sus enemigos, así no les permitirá que le saquen más ventajas! Esa gente de la calle, noble y caótica, era el inicio de la compostura: debían darles buenos y simultáneos consejos, y exigirles que mantuvieran control sobre sus actos.

Aquellos que estaban empapados de cotidianidad, tendrán que salir de sus entornos naturales y ser explícitos. Él les describirá las causas que podrían parecer heterogéneas, pero atravesaban un mismo patrón de codicia. Se había quedado solo entre parientes de pesadilla y uno de la multitud se levantaría para salvarlo. Desde el balcón percibía un superlativo número de transeúntes que tomaban nota de lo que decía, y comprobaban no se trataban de pláticas llenas de formalismos, sino de urgencias.

Por Dios, un hombre probo aparecería entre los amontonados para rescatarlo junto con sus propiedades. ¡Sus hijos habían querido tirarlo al abismo que ellos laboriosamente le cavaban! Un desconocido sujeto nacerá a la acción como el efecto inevitable de una intervención divina.

Uno que no tendrá otra intención más que hacer Justicia...

Y fue así: alguien subió desde la calle por las escaleras, y sin hacer uso de forzosas técnicas, logró ingresar al departamento. Al fin alguien se había caracterizado como un ángel narrado en la Biblia, atemorizando a los participantes de ese infierno, ya que estaba a favor de la verdad que rápidamente dedujo. Éste no labró una gran cantidad de opiniones, sino que se dirigió al núcleo práctico del problema.

Ese hombre era un ángel que hacía azarosos recorridos por la ciudad, y extirpaba de la tierra a aquellos que cargaban con malas inclinaciones. Era el Ángel de la Destrucción, lacónico y sin fervores redundantes. Se encontraba ahí mismo, dándole su apoyo y hablando con él como si lo conociera de antes, ya que todo lo sabía dentro de ese microcosmos y del impensable universo.

Ceferino le explicó lo que pasaba sin que hubiera contradicciones con sus afirmaciones iniciales (sólo agregó algunas definiciones personales de sus hijos y sus oficios raros).

Un ángel había sobrepasado los umbrales de su morada, al ubicarse dentro de los confines en donde se aplican los sentidos. ¡Ese "milagro" había atravesado como una tormenta la ciudad, y ahora coronaría sus atributos infinitos dando un tratamiento duro a quienes le inventaron tanto sufrimiento! El viejo Ceferino Calcagno al fin había logrado ser oído por Dios, luego de dirigirse a la población con cautela; uno de esos seres anónimos no esquivó sus palabras, y se presentó para no dar más oportunidades a los que lo timaban.

Frente al psiquiatra que había ascendido de la calle, y seguía con atención sus sentencias, Ceferino Calcagno no comprendió, o rechazó aquello central que le pasaba... y era qué se estaba volviendo loco... Alzó los ojos: el sol tocaba la baranda del balcón de su departamento, y abajo la indignada gente seguía comentando acerca de lo pavoroso que el pobre Ceferino había tenido que atravesar.

Fin